

Xabel Vegas

Bajo un dominio pleno e incontrolado

(*La Voz de Asturias*, 11 de marzo de 2017).

El 16 de Marzo de 1978, una célula de las Brigadas Rojas encabezada por Mario Moretti secuestró en Roma al líder de la Democracia Cristiana, Aldo Moro. Cincuenta y cinco días más tarde, el propio Moretti acabó asesinando al político italiano con un disparo en la sien y su cadáver fue abandonado en el maletero de un coche aparcado en una calle romana que simbólicamente estaba situada a medio camino entre la sede de la Democracia Cristiana y la del Partido Comunista Italiano.

Moro pasó sus 55 días de secuestro en un zulo construido en un piso de Roma al que los brigadistas, en un eufemismo asquerosamente inmoral, denominaban «cárcel del pueblo». En un gesto que ellos consideraban benevolente, los terroristas le permitieron a Moro escribir cartas a sus compañeros de partido y a su familia, que posteriormente serían enviadas por los brigadistas a sus respectivos destinatarios.

Aquellas cartas son un documento excepcional de una época y de las relaciones de poder en la Italia de los Años de Plomo. En sus primeras misivas, Moro empieza exigiendo a sus compañeros de la Democracia Cristiana que muevan ficha para liberarle. Más tarde se lo suplica. Y cuando se da cuenta de que estos, con Andreotti a la cabeza, le han dejado solo, acepta su destino. En una epístola demoledora a los líderes democristianos, les pide que no acudan a su funeral, pues entendía que se habían convertido por omisión en responsables directos de su asesinato. Las últimas cartas son únicamente a su mujer, despidiéndose y afrontando la muerte de un modo admirable, sin claudicar ante ella pero con un realismo extraordinario acerca de su situación y con un amor infinito hacia su familia.

En alguna de aquellas primeras cartas a sus compañeros democristianos, Moro escribe mensajes en clave para dar pistas sobre su secuestro y sobre los pasos que debían seguir para lograr su liberación. Por aquel entonces no estaba muy claro quiénes eran las Brigadas Rojas. Había quien pensaba que era un grupo creado, o al menos infiltrado, por los servicios de inteligencia norteamericanos e israelíes. Otros muchos pensaban que se trataba de una organización surgida de las mismísimas entrañas del PCI y del ala más izquierdista de aquel partido. Pero la realidad es que las Brigadas Rojas eran sólo las Brigadas Rojas: un grupo de jóvenes treintañeros impregnados de obrerismo, de extrema izquierda de inspiración leninista y del autonomismo endémico italiano.

Para dejar claro a sus interlocutores que había sido capturado por las Brigadas Rojas y que eran ellas y sólo ellas quienes tenían la capacidad de liberarlo, Aldo Moro escribió una de las frases más hermosas y dramáticas de la historia italiana: «Estoy bajo un dominio pleno e incontrolado». Ni el PCI ni ningún servicio de inteligencia extranjero tenían autoridad alguna sobre las Brigadas Rojas.

Bajo un dominio pleno e incontrolado. Aquella expresión de Aldo Moro resuena hoy como un trueno que ya ha pasado. Se puede utilizar del mismo modo para caracterizar la presidencia estadounidense de Donald Trump que para hablar del amor. Vale para explicar el liderazgo de Pablo Iglesias en Podemos y también para dotar de sentido a una enfermedad, propia o ajena, que nos hiere el cuerpo o el alma. Nunca tan pocas palabras dijeron tanto. Gracias, Aldo.